

EL ZANCUDO.

27.

SEMANARIO DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Se publica cuatro veces al mes.
Oficina central entre el Coliseo
y el Peñero.—Sur 5, Núm. 46.

EDITOR

G. J. ARAMBURU.

Suscripción mensual anticipada. 50 cts

Un número suelto..... 20 cts

ZUMBIDOS.

Fascuas.—Han estado las presentes muy llenas de *bolas*. Es todo lo que podemos decir de notable en la crónica. Eso sí, el frío, á falta de otras diversiones, nos ha galardonado de sobra.

Misas de gallo.—Mucha tos en las iglesias, pocas muchachas, y muchas viejas; total: aburrimiento.

Bailes: *Nequaquam*, han brillado por su ausencia.

Hallacas.—No han faltado algunas, porque para eso de pasteles no hay como nosotros.

En desquite.—Se estrenará el 30 en el nuevo Coliseo la compañía lírica y de baile que está ya en Caracas.

Ya la veremos!

Y entre tanto.—Iremos á la cuarta función del Hipódromo que tendrá tanta concurrencia como en las anteriores, toros menos mansos, capeos menos desairados y más orden en la entrada al circo.

Y á propósito.—Aconsejamos á la empresa que para la mejor circulación de la concurrencia abra, por lo menos, una entrada más al Hipódromo, pues ya se ve que por las puertas que hoy tiene aquella se hace difícil y ocasionada á desagradados y estrujones.

FOLLETIN.

¡MALDITA SEA!

No preguntó por María; Eduardo que era el único que podía darle noticias suyas estaba en el campo.

Hacia un mes que estaba de regreso y no había ido á ninguno de los sitios en que solía verla.

Una tarde en que él iba á caballo creyó, reconocerla; pero el coche en que iba llevaba un troche largo y pasó con demasiada rapidez.

El día menos pensado se presentó Eduardo, le dió cuatro ó cinco abrazos que casi lo ahoga, desordenó la habitación, hojeó los libros, le llamó, imbécil, canalla, estúpido y le convidó á un baile de trajes, sin resollar y sin dar lugar ni tiempo á responder.

V.

Las niñas estaban encantadoras con sus trajes de hadas, de moras, de jardineras, de aldeanas suizas y españolas. Los hombres llevaban trajes no menos vistosos y abigarrados.

La sala estaba espléndidamente iluminada, flores, música, alfombras, bujías: el ambiente estaba impregnado de efluvios y armonías.

La orquesta preludiaba suavemente y ya los grupos de ambos sexos empezaban á mezclarse. Junto á la puerta de la sala

un payaso trataba de arrastrar á un guerrero de la edad media.

Anda hombre, le decía, no seas animal, que te vas á quedar sin pareja; y yo que te tengo una de primer orden!

Y sin esperar más le llevó en volandas hasta un grupo y allí le detuvo junto á una griega.

Aquí tienes la pareja del primer vals.

Y sin esperar contestación se marchó.

Ya la orquesta ejecutaba los primeros compases.

La griega bailaba admirablemente y por lo que se podía adivinar bajo su antifaz era joven y bella.

(Continuará.)

AVISOS.

CORRESPONDENCIA LA FINA—calle de St. Lazaro, 15, Paris.—**Informes y Comision.**—Por un arreglo hecho entre esta casa y el Director de **EL ZANCUDO**, los señores suscritores que se dirijan á la Correspondencia por conducto de la administración de nuestro periódico serán servidos gratuitamente y con la mayor puntualidad.

Unico agente de los anuncios de Francia, el Sr. Director de la Correspondencia Latina, rue St. Lazare, 15, PARIS.

"RADIOSA"

J. V. de Aramburu.

POLKA

con 8

8^a

PIANO

First system: Treble clef, bass clef, dynamics *f* and *p*.

Second system: Treble clef, bass clef, markings *loco* and *con 8^a*.

Third system: Treble clef, bass clef, markings *1^a* and *2^a*.

Fourth system: Treble clef, bass clef, dynamic *p*.

Fifth system: Treble clef, bass clef, markings *cres...* and *p*.

EL QUE ENTRA Y EL QUE SALE.



—Marcha de aquí, 80!
—Aguar el niño, un poquito.

FOLLETIN.

¡MALDITA SEA!

CONCLUSION.

El guerrero de trecho en trecho se detenía porque su pareja no cesaba de mirarle con unos ojos que brillaban como estrallas detras del raso del antifaz, y dos veces ó tres hizo ademán de hablarle.

Ademas había en aquella mujer no sé qué misteriosa influencia que le dominaba, que despertaba en él sensaciones olvidadas. Al concluir el vals ella se apoyó en el brazo del guerrero y dejando caer la graciosa y perfumada cabeza, murmuró:

—Tengo sed.

Al oír aquella voz, él dominó un movimiento y dijo con cierta tristeza:

—Lo suponía.

—Suponías que era yo? Pues bien, voy á convertir tu suposición en certidumbre, y se arrancó el antifaz dejando ver el rostro de María; pero mas bella, mas tentadora que nunca, iluminada por una expresión de cariño profundo, de infinita alegría.

Guillermo tambaleó.

—Ahora te toca á tí, porque yo quiero verte.

Guillermo alzó la visera de su casco y mostró su seablante varonil pálido; pero resuelto á todos los dolores.

Eres cruel, María: no basta que me hayas hecho ir, mendigo y fugitivo, de ciudad en ciudad, de mar en mar, agonizando bajo el peso de tu recuerdo, sino que quieres revivir mi esperanza para volverla á matar.

Era tan natural el acento de Guillermo, tan profunda la melancolía que revelaba que los ojos de María se humedecieron.

—Qué te he hecho yo? preguntó.

—Qué me has hecho? Lo que pasó no fué culpa tuya, pero te engañaste, engañandome y convertiste mi vida en un infierno.

Tus ojos me buscaron, radiantes, ansiosos, habladores; dudaba; pero una noche en un baile tenias un pensamiento en la mano y cuando te pregunte para quién era me dijiste que me lo habias destinado. Otra noche llevaba yo de brazo á tu prima Ines y tu cantabas "Corazon partido yo no lo quiero"—Verdad que yo iba de flor en flor como la abeja; pero creí que me amabas y lo fuí abandonando todo por no lastimarte. A medida que mi amor crecía el tuyo se iba cambiando en indiferencia, casi en desdén. Una noche por último, desesperado ya, me cansé de hablarte; te rogué, te supliqué y ni siquiera me contestaste; pero te reias de una manera fria y burlona; ¿A qué repetirte cuántos dolores me ha costado tu risa?

—Yo sé cuanto pudieras decirme. Yo que era una niña y que desperté á la vida para sentir el dolor de haberte perdido; yo que he pasado hora tras hora esperándote.

Guillermo no respiraba; algo extraordinario, inmenso, desconocido le oprimía el pecho; era demasiada felicidad para su pobre corazón.

—Yo te amo, Guillermo. Yo sé que mi amor no ha muerto en tí: tú estas pálido: tú me amas.

—Yo te.....

Guillermo no concluyó la frase. Otra griega que daba el brazo á otro guerrero y que se había de tenido junto á ellos, se había quitado el antifaz y Guillermo vió como reproducidas en un espejo las facciones de María.

—Yo... yo no puedo amarte... concluyó con un esfuerzo sol rehumano.

María volvió la vista siguiendo la mirada de Guillermo y se quedó atónita. Luego se pasó la mano por la frente y murmuró

—Maldita sea!

—? Maldita sea quién?

—Rosario!

—Tu hermana?

—Suya es la culpa de lo que me pasa. Ella era la que me aconsejaba que me mostrase huraña é

indiferente contigo á rumbro de las conveniencias sociales ó por mi propio interes.

—Ya ves el abismo que ha abierto entre los dos,

—Guillermo, yo te amo.

—Yo te adoro,

—¿Y me abandonas?

—Sí.

—Yo me muero,

—Yo he estado á las puertas del cielo y he despertado con el infierno en el alma.

—María un último favor. Te espero en el jardín.

—Iré.

—Para que me dejes besar tu frente por primera y última vez. Necesito llevar á este martirio un recuerdo indeleble, que me haga pensar en un más allá, donde nos reuniremos para no separarnos más.

—Bien,

—Y antes de separarnos oye-me. He oído en tus labios una maldición y me he aterrado,

—Dios me perdone como la perdono yo á ella.

—¿La perdonas?

—Y la bendigo.

El guerrero se había alzado la visera: era don Arturo el hacendado antillano.

Se aproximó á Guillermo, le tomó la mano y le dijo:

—Esta pobre niña llegó á mi casa sin más amparo que su pobre padre, atacado de fiebre y que murió en breve. Rosa, murió también y yo he jurado proteger á esta como si fuera mi hija. He venido en tu busca: te he encontrado y seré tú padrino. Tú no sabes lo que esta vale.

—Bien sabe el peregrino lo que valen una palmera y una fuente en el desierto. Bendita sea!

¿Cómo estaba allí María, la primera, siendo su padre un vendedor de víveres? Había hecho fortuna: era comerciante y todos doblaban la rodilla ante el *becerro de oro*.

Caracas, Dbr. de 1880.

JUDAEL.